

ALEXÁNDER DUBČEK: La primera apuesta por el rostro humano del socialismo

Víctor Augusto Arteaga Villa²

DOI: 10.24142/indis.v6n12a1

Recibido: 22 de septiembre de 2020 – Aprobado: 4 de noviembre de 2020 – Publicado: abril 5 de 2021

Entre el 5 de enero de 1968, con el ascenso de Alexander Dubček (noviembre 27 de 1921 – noviembre 7 de 1992) a la Secretaría General del Partido Comunista de Checoslovaquia, hasta el 17 de mayo de 1969, con la muerte, en Roma, del cardenal Josef Beran (nacido el 29 de diciembre de 1888), arzobispo de Praga en el exilio, y teniendo como intermedio el momento dramático de la inmolación de Jan Palach (nacido el 11 de agosto de 1948), el estudiante de historia y economía política de la Facultad de Artes de la Universidad Carolina de Praga, quien se prendía fuego a lo bonzo, el 16 de enero de 1969, moriría el 19 siguiente, en la Plaza Wenceslao; la atención mundial estuvo concentrada en la ciudad de Jaroslav Seifert (septiembre 23 de 1901 – enero 10 de 1986), el poeta de *toda la belleza del mundo*, parodiando uno de sus títulos, ganador del premio Nobel de literatura en 1984.

Hijo de obreros, militante de la resistencia durante la ocupación alemana, con formación como abogado, miembro temprano del Comité Central del Partido y dipu-

2 Docente universitario. Estudiante del pregrado de Derecho de la Universidad Autónoma Latinoamericana, Medellín.

tado de la Asamblea Nacional, Dubček sustituyó a Antonín Novotný con el propósito, a la frustrada manera húngara, reprimida desde el 4 de noviembre de 1956, de darle un *rostro humano al socialismo soviético*. Sin prisa, pero sin pausa, se comprometió con la tarea de *desestalinizar* el aparato del poder checoslovaco con tres objetivos claros y contundentes: 1) dinamizar la producción económica permitiendo el ingreso solidario de iniciativas privadas; 2) rehabilitar a los intelectuales y a otros agentes del mundo científico y cultural sometidos durante la denominada *Purga de Praga*; y, 3) abrir las fronteras del país a los ciudadanos que quisieran desplazarse hacia adentro y hacia afuera, sin temor ni desconfianza algunos a la evasión hacia Occidente.

El primero de los grandes aciertos de Dubček fue el logro de una especie de reconciliación entre los dos grupos nacionales que se integraron en la causa común de una patria llamada Checoslovaquia, surgida el 28 de octubre de 1918, y que pervivió hasta el 1 de enero de 1993, de los restos del diezmado Imperio Austrohúngaro en las regiones de Bohemia y Moravia: checos y eslovacos. Tomáš Garrigue Masaryk, entre 1918 y 1935, fue el símbolo de una Checoslovaquia tolerante, progresista, incluyente y abierta a la más refinada y rica tradición espiritual que de Bedřich Smetana a Antonín Dvořák, en el concierto musical, y de Franz Kafka a Jaroslav Hašek, en la geografía literaria, constituyó la llamada *alma checoslovaca*, al decir de Leoš Janáček, otra de las mayores glorias artísticas del país de marras.

Primero llegaron los nazis y después los comunistas: Beran, cuyo cadáver fue repatriado el 20 de abril de 2018, a fin de reposar para siempre en el sarcófago de la catedral de san Vito, en el Castillo de Praga, sobreviviente a dos campos de concentración, durante cinco años, y prisionero, por doce más, en las mazmorras comunistas, se convirtió en el icono más elocuente de la transición checa de un totalitarismo a otro. Perseguidos y sojuzgados, desde la noche de 1938 hasta el alba de 1968, checos y eslovacos perdieron la fe y renunciaron a la esperanza de una grandeza conjunta en el propósito de hacer de Checoslovaquia el faro de la *Mitteleuropa* (Europa Central). Entonces, llegó Dubček, adelantándose casi en dos décadas a Mijaíl Gorbachov: con su jovial presencia, con su ráfaga de aire fresco, con sus políticas de reestructuración (*perestroika*) y transparencia (*glásnost*), con su afán de un socialismo humano, de un marxismo sin énfasis... Dubček trajo en invierno la primavera. Logró lo impensado: los checoslovacos reinventaron su fe y recuperaron la esperanza. El *Programa de Acción* del premier caló profundo: libertades de prensa, de expresión, de circulación;

economía de bienes de consumo; acceso de *otros partidos* a la administración central, sin desmedro de la utopía socialista, porque “el socialismo no puede significar solamente la liberación de los trabajadores de la dominación de la clase explotadora, sino que debe hacer más por las disposiciones para una vida más plena con la personalidad que cualquier democracia burguesa”.

Dubček, juzgado de sospechoso, más aún, de peligroso, encontró sus primeros enemigos dentro de los propios suyos, con quienes era subsidiario en el gobierno, y luego atrajo las miradas de Moscú. A poco más de dos meses de su arribo y de la puesta en marcha de su programa de reformas, el 23 de marzo, en Dresde, los representantes de los estados miembros del Pacto de Varsovia: la Unión de Repúblicas Soviéticas y Socialistas, Polonia, Bulgaria, Hungría y la República Democrática Alemana, condenaron de *progresista y burguesa* a la *empresa democratizadora de Praga* y alertaron al todopoderoso Leonid Brézhnev, sugiriéndole una pronta toma de decisiones firmes y acciones ejemplarizantes frente al desafío a su doctrina reciente de *soberanía limitada* en todos los satélites de la égida soviética.

En verano la *Primavera de Praga* llegó a su fin. En la noche del 20 al 21 de agosto los tanques de los “Cinco de Varsovia” penetraron en el corazón del Moldava y anegaron las ilusiones en las que el gobernante había comprometido a sus paisanos bohemios y moravos. De la gloria a la derrota, de la exaltación a la abyección: Dubček y los checoslovacos. El mejor retrato del proceso del artífice de la *Primavera de Praga* y de su aborto es el que presenta Milan Kundera en las páginas trémulas e intensas de *La insoportable levedad del ser*, la cumbre de la novela europea de la segunda mitad del siglo XX, la evidencia perfecta de ese indefinible conocido como posmodernidad:

La euforia general solo duró los siete primeros días de la ocupación. Las autoridades del país habían sido capturadas por el ejército ruso como si fueran criminales, nadie sabía dónde estaban, todos temblaban por su vida y el odio a los rusos embriagaba cual alcohol, a la gente. Era una fiesta ebria de odio. Las ciudades checas estaban adornadas con miles de carteles pintados a mano, con textos irónicos, epigramas, poemas, caricaturas de Brézhnev y su ejército, del que todos se reían como de una banda de analfabetos. Pero no hay fiesta que dure eternamente. Mientras tanto, los rusos obligaron a los representantes del Estado detenidos a firmar en Moscú una especie de compromiso. Dubček regresó con ellos a Praga y después leyó en la radio su discurso. Tras seis días

de cárcel estaba tan destrozado que no podía hablar, se atragantaba, se quedaba sin aliento, de modo que entre frase y frase había pausas interminables que duraban casi medio minuto. El compromiso alcanzado salvó al país de lo peor: de los fusilamientos y de las deportaciones en masa a Siberia que espantaban a todos. Pero una cosa estaba clara: Bohemia iba a tener que inclinarse ante el conquistador; iba a tener que atragantarse ya para siempre, que tartamudear, que quedarse sin aliento como Alexander Dubček. Se había acabado la fiesta. Habían llegado los días hábiles de la humillación” (Barcelona, Círculo de Lectores, 1987, p. 34).

Praga, 1968 – 1969: hubo una primavera. La *Primavera de Praga*, un evento que representa otra alternativa frente a las ideologías, otra resistencia de cara a los totalitarismos, que lejos de estar superados todavía son tan acuciantes como vigentes, si bien de otras formas y con otras máscaras. La *Primavera de Praga* para que, como sentencia Mirek, el personaje kunderiano de *El libro de la risa y el olvido*, siempre se tenga presente que “la lucha del hombre contra el poder es la lucha de la memoria contra el olvido”. Entre *las flores y los tanques*, trayendo el título de Luis Zaragoza (Madrid, Cátedra, 2018), el recuerdo permanente e indeleble de la *Primavera de Praga*: para celebrar al héroe, Alexander Dubček; para venerar al testigo, Josef Beran; para recordar al mártir, Jan Palach, a quien, inspirado por él y por su gesto, inmortalizados en la miniserie de la HBO, *Burning Bush*, de Agnieszka Holland (2013), y en la película *Jan Palach*, de Robert Sedláček (2017), y en cuyo honor hay placas y plazas en muchas ciudades europeas, Salvatore Adamo, dedicó *Mourir dans tes bras*:

Y en a qui meurent bien trop tard / Quand leur paradis est passé / Y en a qui meurent au hasard / D'un coup de dé / Y en a qui meurent sans savoir / Qu'ils ne sont jamais nés vraiment / Y en a qui meurent sans espoir / Et pleins d'argent / Je voudrais mourir dans tes bras / Y en a qui meurent dans les mémoires / C'est bien plus que perdre la vie / Où ceux qui restent quittent le noir / Et vous oublient / Y en a qui meurent en marchant / Pour aller cacher leur vieillesse / Aux neiges du grand désert blanc / Pleines de promesses / Je voudrais mourir dans tes bras / Y en a qui meurent parce que c'est beau / De voir le soleil se coucher / Et d'attendre le jour Nouveau / e l'autre côté / Y en a qui meurent en dormant / En offrant un sourire aux anges / Y en a qui meurent encore enfants / Et gagnent au change / Je voudrais mourir dans tes bras / Y en a qui meurent la bouche pleine / En libérant un dernier rot / En se caressant la bedaine / Mais

trop c'est trop / Quand d'autres vont le ventre vide / Berçant leur mort à bout de bras / En suivant la main qui les guide / Là où on ne les verra pas / Je voudrais mourir dans tes bras / Y en a qui meurent par erreur / Pour une poussière sur la balance / Quand la justice a ses rancœurs / Ou ses absences / Y en a qui meurent dans les poubelles / Les bannis de la société / Leur rêve au bout d'une ficelle / Ballon crevé / Je voudrais mourir dans tes bras / Y en a qui meurent au printemps / Comme des éclairs, comme des flambeaux / Barrant la route un court instant / Aux chars d'assaut / Y en a qui meurent avec permis, matriculé / Comme il se doit / Laissant un casque et un fusil / Sur une croix / Je voudrais mourir dans tes bras / Y en a qui meurent tous les soirs / Quand le spectacle est terminé / Quand ils retrouvent dans leur miroir / Leur vérité démaquillée / Y en a qui meurent en marguerite / Effeillée d'une main distraite / Un peu, beaucoup, beaucoup trop vite / Et ça s'arrête ! / Je voudrais mourir dans tes bras / Prends ma main, ne la lâche pas.

1921– 2021, centenario de Alexánder Dubček: el verdadero padre del *socialismo con rostro humano*, casi dos décadas antes de la llegada de Gorbachov. Degradado en 1969; obligado a trabajar como obrero forestal desde 1974; reivindicado en diciembre de 1989, en la *Revolución de Terciopelo*; cedente a Vaclav Havel del lugar que a él correspondía; reconocido en vida en escenarios políticos y académicos de muy distintas latitudes, desde el Congreso de los Estados Unidos hasta el aula magna de la Universidad Complutense de Madrid, donde le fue conferido un doctorado *honoris causa* en Derecho y Ciencia Política, el 27 de abril de 1990; absurdamente muerto en un accidente de carretera... En el acto de su investidura en Madrid dijo:

La Primavera de Praga de 1968 cumplió su misión de precursor y dio sus frutos en una forma nueva, diferente del actual proceso renovador de los países del bloque del Este. Hoy queremos una “democracia con rostro humano” que debería ser, ante todo, moral, socialmente justa, económicamente eficaz y próspera, legalmente ordenada y ecológicamente atractiva... Supongo que los ideales humanos cuya realización quería lograr el socialismo en un principio, que expresaban la idea de la justicia social de la humanidad, de las nuevas relaciones entre los hombres, de un comportamiento racional del hombre respecto a la naturaleza, también hoy en día siguen vigentes como uno de los polos del esfuerzo humano (...)